

El hambre en el mundo

José María Ruiz Ortega

Bajo la organización de Naciones Unidas para la agricultura (FAO), este año se ha celebrado en España la reunión de alto nivel con el lema genérico de Seguridad Alimentaria para todos, como una continuación de la celebrada el mes de junio del pasado año en Roma. Con la pretensión de erradicar el hambre el mundo, se han reunido en Madrid a finales del mes de enero, delegaciones de 126 países y 62 ministros. De nuevo se han puesto de manifiesto la revisión y el cumplimiento de los objetivos y compromisos adquiridos en la cumbre de Roma; una reunión, que a mi juicio supuso un nuevo fracaso, ya que continúa la sombría situación del hambre y la pobreza avanzando en el mundo. Una situación que se agudiza sobre las áreas rurales que se ven amenazadas por la crisis financiera y económica internacional.

Han asistido a esta cumbre representantes de Gobiernos, sociedad civil, sindicatos, sector privado, universidades, agencias donantes y organismos multilaterales para intentar esos objetivos del Milenio, hoy amenazados por el empeoramiento del mapa del hambre en el mundo. Sin embargo, esta reunión ha nacido manca ya que no se han tenido en cuenta a los principales implicados en este proceso: los agricultores y ganaderos ¿Quiénes tienen que paliar el hambre en el mundo? Lógicamente los que producen alimentos son los agricultores, los que habitan estas áreas rurales y paradójicamente, los que padecen en sus propias carnes las sequías, las pérdidas de cosecha, la falta de inversiones, la deficitaria formación, la voracidad de los gobiernos corruptos, las plagas o la crueldad de una especulación globalizada y en algunas zonas del planeta aquejados por este oscuro panorama de la pobreza y el hambre mundial.

Siendo el principal afectado de esta crisis alimentaria el agricultor es también el protagonista de su solución. Es la agricultura y no otra actividad la que está llamada, como siempre ha sido, a afrontar el reto de procurar alimentos para una población creciente y con mayores necesidades nutricionales. En esta reunión de alto nivel para la “seguridad alimentaria para todos”, los agricultores y ganaderos han sido los invitados de piedra. La FAO, Naciones Unidas, las grandes corporaciones y los distintos gobiernos han actuado y adaptado la máxima para anunciar al Mundo: “Todo para los agricultores, pero sin agricultores”, teniendo en cuenta la responsabilidad primaria de los Estados de hacer los máximos esfuerzos para satisfacer y promover el derecho a disponer de alimentos adecuados, especialmente a niños menores de cinco años, mujeres y otros grupos vulnerables a la especulación de sus reyezuelos particulares.

Desde mi punto de vista, hay un hecho que no debe de obviarse, como principio, cuando se trata de buscar una disponibilidad de alimentos continuada y segura; es sin duda el déficit democrático en tantos países, como origen dramático de la situación en la que viven sus pueblos y sus habitantes. De qué nos sirve movilizar voluntades y toneladas de alimentos si no van acompañadas de la desinteresada receptividad de los países menos desarrollados. Si la corrupción es una tentación innata en el ser humano, no cabe duda que las dictaduras y los regímenes totalitarios se prestan a traficar con alimentos por armas. Por muy buenas que sean nuestras intenciones para luchar contra el hambre en el mundo, si no somos capaces de controlar esa maldad de la corrupción y no podemos atajar ese déficit democrático, no estamos en condiciones de lograr el éxito. Los humanos, habitantes del planeta, nos enfrentamos a tres grandes retos en este milenio: el alimentario, el energético y el medioambiental. Pero el reto más importante para mi es el alimentario. Con una población que crece y crece, tenemos que ser capaces de alimentar a todos, a todos nuestros congéneres.